

privilegios esto no era de esperar. Los conflictos quedaban, pues, aplazados.

Repróchase al Papa y á Consalvi severamente esta situación que no favorecía sino hasta cierto punto á los liberales, pues, de hecho quedaban sustraídos á la influencia embrutecedora de la curia, y dicen que el triunfo se malogró á causa del temperamento y carácter del Papa. Es cierto. Pío VII fué un hombre tímido, prudente, reservado, amigo de conciliarlo todo, enemigo del ruido, y sin ninguna clase de ambición personal, cuando ahora Roma hubiese necesitado un Gregorio dispuesto á marchar por encima de una alfombra de testas coronadas.

Pío VII tenía también á su lado un hombre poco amigo de aventuras y de reacciones, un hombre de quien hizo el retrato Napoleon diciendo: «que no quería parecer un sacerdote y lo era más que los otros.» En efecto, nadie más escrupuloso que Consalvi en el cumplimiento de las prácticas religiosas de la Iglesia, más fuera de esto nadie más dispuesto á vivir á la moderna, por esto era un revolucionario para los clericales, mientras que para los liberales era siempre el hombre de 1793. En la cuestión misma territorial tan espinosa y difícil, inclinábase á soluciones de transacción porque estaba convencido de que no era posible remontar el curso de los



HOWARD, pintor inglés

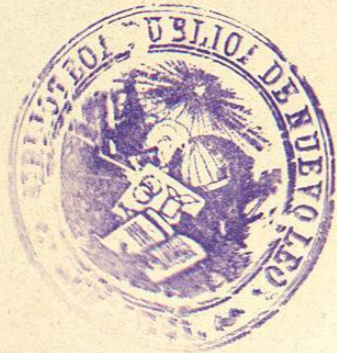
tiempos, y de la misma manera creía que los Estados pontificales no podrían salvarse sin una administración laica, pues de la eclesiástica conocía toda su ignorancia é inmoralidad. Pero Consalvi tampoco ignoraba que, si en todos los países son difíciles las reformas, en los Estados de la Iglesia son casi imposibles como se demostró en esta ocasión, pues difícilmente podían reunirse dos hombres mejor dispuestos á dar de mano á lo temporal para exaltar lo espiritual.

Si, pues, las cosas fueron en Roma por otros caminos es, que mientras Consalvi estaba en Viena para procurar una inteligencia con el Emperador, Pacca gobernaba á su antojo imponiéndose al débil y bondadoso Pío VII. Por esto se llamaron á los jesuitas, lo que no hubiera hecho nunca Consalvi; por esto se volvió á condenar,—1820,—el sistema astronómico de Copérnico, cuya necedad hubo de desesperar á Consalvi. Pacca, sin embargo, no hubiese llegado tan allá como realmente fué, sino hubiesen dominado la situación los ultras, por esto per-

siguió y acosó á cuantos habían pertenecido á los anteriores regímenes, tanto que Pío VII creyó necesario intervenir para modificar los furores de Pacca, de Rivarola y de Pandolfini, que se hicieron por sus crueldades una funesta reputación; esto explica porque al reaparecer Murat en Roma, Roma le saludó como un libertador, poniéndose á su lado cuanto había quedado en la ciudad de hombres ilustrados.

Por fortuna llegó Consalvi y lo que significaba el gobierno de éste se comprendió en seguida sin frases. En Roma se había destruído, aniquilado todo lo que recordaba el gobierno de los franceses, pues bien, Consalvi, que regresó de Viena trayendo al Papa las Legaciones y las Marcas, lo primero que hizo al publicar los decretos que unían de nuevo esas provincias á la Santa Sede, fué asegurarles el respeto de las leyes en ellas vigentes y garantizar á los compradores de bienes nacionales la posesión de las mismos.

Al año de su gobierno, Consalvi publicaba el



*Motu proprio*,—6 de Julio de 1816,—que era la constitución prometida á los súbditos del Papa.

«Proclama esta acta como una consecuencia saludable de la funesta dominación extranjera, la abolición de la multiplicidad de derechos y privilegios locales que estaban en contradicción unos con otros y la imposibilidad de introducir la unidad y la igualdad deseables en la organización y en la administración políticas. Recogiendo de esta suerte los legados de la Revolución y manteniendo el sistema de un poder gubernamental más fuerte, del reinado de los funcionarios y de una administración centralizada, Consalvi declara, en la nueva ley fundamental,—artículo 102,—que todas las particularidades, las ordenanzas y los estatutos locales y provinciales serán y continuarán siendo, con pocas excepciones, nulos en lo sucesivo como lo habían sido hasta entonces.» Si algo dejó en pié el cardenal, fué todo lo relativo al ceremonial y á las categorías y á las clases. La experiencia habíale demostrado que el hombre sufre más de la supresión de todo lo que afecta á su vanidad que no de lo que va al fondo de las cosas, así mientras suprimía el último de los derechos feudales de que aún gozaba la nobleza, respetaba y proclamaba sus derechos ceremoniales.

El *Motu proprio* no tocó tampoco en lo más mínimo nada de lo relativo á la administración económica planteada por los franceses, y Consalvi creó, con orden de que apresurasen lo más posible tres comisiones encargadas de redactar un nuevo Código civil, un nuevo Código penal y un nuevo Código de comercio. Dicho se está, pues, que Consalvi defendió en sus puestos á todos los empleados que no habían hecho más que buena administración sin querer saber de sus procedencias.

¿Hizo todo esto Consalvi sin oposición? Nada de esto. Los curas estaban poco menos que en masa conjurados contra el ministro que se permitía ser tolerante y expansivo, cuando no se quería más que venganza. Y ya es sabido que la reacción se encastilla siempre detrás de la justicia y de sus procedimientos. Entre ese organismo social y el poder público hay siempre un contacto del que si sufre la justicia y la equidad, gana la estabilidad de los poderes reaccionarios, porque la justicia histórica en la mayoría de las naciones y de los tiempos, «presta servicios en vez de dar sentencias.» Por esto la clrigalla romana pedía ahora que no se tocara ni á la más rancia de todas las constituciones apostólicas, que Consalvi declaraba lealmente, en 1817, que no estaban en consonancia ni en armonía

con el estado actual de la Sociedad, lo que era una herejía para los curas y los ultramontanos, pues esto era confesar que el mundo había ido más allá de los límites que habían querido trazarle las *Constituciones apostólicas*.

Ante la resuelta oposición del clero, ni el proyecto de Código civil redactado por Bartolucci un napoleónico reconocido, ni el Código criminal que la comisión respectiva despachó en seguida, pudieron salir de las manos de las congregaciones que habían de dictaminar. De aquí resultó un malestar tan profundo, una tal relajación de la justicia, que la sociedad romana pareció estar en vías de una completa disolución, pues los tribunales dejaban impunes los más atroces delitos ó se mostraban benignos para ellos sólo para hacerse populares y tener de su lado al populacho contra todo proyecto de reforma judicial.

Nada, pues, tiene de extraño que ante tal desquiciamiento las sociedades secretas aparecieran por todos lados, especialmente en las Marcas. Los guelfos se difundieron por los pueblos de uno y otro lado del Po, los carbonarios, que habían entrado con Murat, se organizaron y se pusieron en comunicación con los carbonarios de Nápoles por medio de Papis, comerciante de Ancona, del conde César Gallo de Arpino y del gran maestro de la *vendita madre* en Macerata.

Impacientes é inexperimentados sus directores, llevados ó arrastrados por la fuerza misma de toda asociación clandestina á la acción desesperada, fueron á estrellarse parcialmente en pequeños movimientos sin carácter hasta hacerse procesar y condenar en Roma en 1818. Pero lo peor fué que los ultras creyeron que debían defenderse mejor que con buenas leyes y con un gobierno serio con otras sociedades secretas, y entonces surgieron los Calde-rari en Nápoles, y en Roma la sociedad católica y apostólica de los sanfedistas, cuyo juramento les obligaba á destruir por el puñal á todos los liberales sin distinción de rango, de sexo ó de edad. Conociéndose los dos partidos, buscándose lo que era peor, fácilmente se comprende hasta dónde pudieron llegar los odios y las venganzas de partido.

En todo lo demás que se trató de reformar, la oposición, no fué menos radical. Con el mayor descaro el cardenal Albani le dijo al ministro de Hacienda, Guerrieri, que se opondría á todo nuevo catastro porque él tenía registradas sus fincas por el tercio de su valor y no quería pagar más. De la misma manera Pacca y Soncaglia,—1821,—hicieron fracasar el proyecto de unificación de las contribu-

ciones. En fin, cuando Consalvi trató de hacer una investigación seria del origen de todos los obstáculos y de los medios de destruirlos, se encontró con que nadie quería ser de las comisiones, y cómo no, si se llega á descubrir una oficina en toda regla fabricando billetes falsos y usando de la firma del Papa, que también se falsifica, sin que el mismo Papa se atreviese á declarar falsas las firmas que se le habían supuesto, destinadas á premiar servicios que sólo se habían prestado á la causa de los enemigos del orden y del progreso?

Ya sabemos por lo que hemos visto en España el entusiasmo con que el pueblo acogía el regreso de los soberanos destronados. Víctor Manuel, al regresar de Cerdeña á Turín, fué acogido como un redentor, como si le hubiese de ser posible á él hacer la dicha de sus súbditos.

Víctor Manuel tenía, sin embargo, un título legítimo para ser amado. Amigos y enemigos sabían que era el primer filántropo de su tiempo, que era un hombre de los más dulces y buenos de su edad; pero de Víctor Manuel se pudo decir lo que decimos vulgarmente, que «tan bueno, tan bueno quiere decir tonto,» pues Víctor Manuel era tonto y tonto de capirote. Por esto era enemigo de toda innovación, aún de la más elemental y necesaria: por esto le repugnaba del liberalismo hasta el nombre, y sin embargo, hasta los liberales le recibieron con entusiasmo, porque habían visto el orden y la administración en la isla de Cerdeña, que fué su reino durante ocho años, creyendo que todo aquello era obra suya mejor que de la influencia y protección inglesa que con sus subsidios mantenía y gobernaba el monarca de Cerdeña. Sin embargo, los liberales sobre haber podido notar que todo aquello que les encantaba era extranjero, hubieran podido convenirse de que el régimen económico en cuestión era un régimen de circunstancias, pues de haberse fijado en el solo hecho de que ni un mal camino se construyó durante los ocho años en que el rey estuvo en Cagliari, habrían comprendido que bastaría para Cerdeña que se restableciera el antiguo orden de cosas para que se restablecieran todos los abusos.

Víctor Manuel no podía engañar á nadie. Así en Génova, al encontrarse con un pueblo liberal sin oposición, fué liberal sin segunda intención, porque él podía ser lo que todo el mundo fuera, no lo que fuera una sola parte. Pero en Turín ¿qué podía ser Víctor Manuel, si allí se encontraba rodeado de la antigua nobleza que le acogió como el rey de derecho divino, que le recibió vestida con el traje del siglo pasado, afectando sus maneras y costumbres

como si nada hubiese pasado? Pues lo que se podía esperar del bueno de Víctor Manuel que era ya la cosa más sencilla del mundo, declarar en un edicto de 21 de Mayo de 1815, que á partir de tal día «quedaban restablecidas las constituciones de 1770 sin la menor reserva ni subordinación á otra ley alguna.» Hé aquí la obra de los hombres buenos.

Ocioso enumerar qué es lo que se restauraba con las constituciones de 1770. Todo lo que ya sabemos que constituía el antiguo régimen, todo reapareció, «reaparecieron los fideicomisos y los mayorazgos, los derechos feudales de toda clase y el diezmo, los conventos y los gremios; se condenó de nuevo á los no católicos á la incapacidad civil, y se prescribió de nuevo á los judíos que de nuevo se pusieran, como en plena Edad media, los lazos amarillos, distintivos de su raza y religión; se declararon nulos todos los matrimonios civiles, etc., etc.» En fin, para que se comprenda hasta dónde llegó esa ciega y absurda reacción piamontesa, diremos que habiéndose construido por Napoleon la admirable carretera del Moncenis, el jefe de Aduanas prohibió el tráfico por ella por ser obra de la Revolución, ordenando que se hiciera por la vía de Navala, abandonada desde el mismo día en que se había abierto la gran carretera internacional, y no fué poco lo que tuvo que hacerse para impedirle que destruyera el puente sobre el Po, sólo porque Napoleon había puesto sus cimientos. La obra tuvo su coronamiento en la ordenanza real de 27 de Junio de 1815, que expulsaba del Piamonte á todos los franceses, y este decreto que alcanzó á más de cinco mil personas, muchas de ellas, las más, ya piamonteses por necesidad, se llevó á cabo con tal rigor que el gobierno solo tuvo que reprocharse el haber concedido ciento veinte permisos concediendo un nuevo y corto plazo para que pudiesen abandonar sus domicilios los comprendidos en el decreto de expulsión.

No se crea que con esto la nobleza y el clero se dieran por satisfechos. Hasta aquí no habían podido conseguir que se les devolvieran los bienes que se les habían vendido durante los últimos años.

Pero se dirá que á lo menos la reacción no fué sangrienta en Piamonte. Ciertamente. En este punto difícilmente se hubiera conseguido que el Rey dejara hacer, pero digámoslo en obsequio de la verdad, ni Cerruti, ni Revel, ni el conde Roberenti, el favorito del Rey, ni el confesor de S. M. Botta, eran hombres sanguinarios, lo que es decir que el país tampoco lo era. Pero fuera de esto, en ningún otro país se dió la escandalosa orden que ordenaba revisar todos los procesos sentenciados por los tribunales pa-

sados con arreglo á las leyes entonces vigentes. Así es que nadie se podía estimar seguro en su casa, y en efecto, las órdenes de arresto y prisión fueron tan numerosas que el presidente de la Cancillería estimaba en dos mil pesetas al mes la parte que le correspondía en el cumplimiento de tales órdenes. Las reclamaciones, las protestas, fueron tan numerosas como las arbitrariedades, y como quiera que llegaran á oídos del Rey, al filántropo no le pareció bien lo que se hacía, y en 16 de Octubre de 1816 él mismo publicó una patente poniendo freno á su arbitrariedad. Pero como el arbitrario no era él sino los

que le manejaban, á poco éstos se encargaron de que continuaran las cosas como antes.

Solo un hombre osó protestar de lo que se hacía, y este hombre protestó desde Milán, en donde estaba bajo el pabellón austriaco, y con la autorización de sus autoridades. Este hombre fué Pozzo el mismo que había recibido en Génova al Rey, y á quien el Rey había contestado hablándole de la libertad de Europa. El resto del país se callaba y esperaba.

Mejoraron sin embargo las cosas grandemente, por la necesidad de defender el Piamonte su inde-



TURNER, pintor inglés

pendencia contra Austria, que quería de una manera ó de otra someterlo á su autoridad. Austria comprendía que su reino lombardo-veneto era imposible si el alto Po continuaba en manos de una dinastía nacional. En esto hubo tal decisión y unanimidad en todos los hombres y en todas las clases, que Austria hubo de desistir, y como ante el peligro inmediato se había recorrido á las potencias extranjeras, éstas no dejaron de hacer serias observaciones sobre esa inmoral revisión de los procesos, y sus observaciones se tuvieron en cuenta.

Pero aún sucedió que el Piamonte creyó que debía lanzar un ejército tras de Napoleon cuando los Cien días, y como para ello eran precisos oficiales y generales, y no había otros que los que habían servido á Napoleon, se les redimió para el caso devolviéndoles sus honores y empleos poco antes confiscados dejándoles á la miseria. De este modo volvió á reaparecer el espíritu liberal en el Piamonte, que desde este día tuvo su fuerza en el ejército.

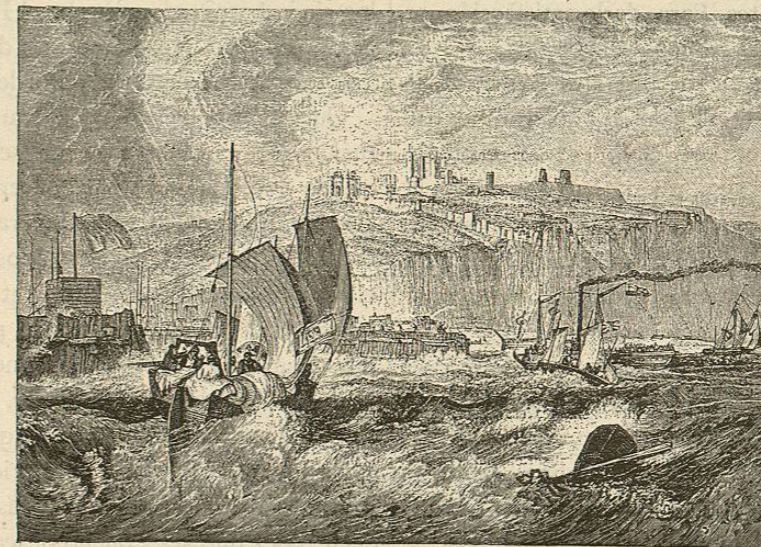
Toda otra cosa era de esperar que sucedería en Nápoles al restaurarse por terceravez á Fernando IV, pero aquí del asombro general lejós de asemejarse la restauración de Fernando IV de Nápoles á la restauración de Fernando VII de España, fué en Nápoles en donde más se respetó lo bueno que habían hecho la Revolución y Murat, esto cuando á éste se le trataba con la mayor severidad. ¿A qué se debió este contraste? La opinión unánime lo atribuye á haber felizmente fallecido la reina Carolina, la amiga de Lady Hamilton, la que tuvo gusto de ver un día como morían los ahorcados. A esta casualidad, el haber desaparecido de la escena la sangüinaria y lasciva hermana de María Antonieta, se debió que á pesar de la aventura de Murat no se vieran ahora las víctimas que por lo menos habían visto las otras restauraciones.

Otras circunstancias, empero, favorecieron este estado de cosas. El rey era ya un hombre cansado, había visto demasiadas cosas para que no creyera

posible la vuelta de lo mismo que acababa de desaparecer, y sus ministros Médici y Tommasi, no tenían menos experiencia. Todos estaban ya al cabo de lo que se consigue con las represiones violentas y brutales; así, si no estaban dispuestos á correr las aventuras del régimen liberal, tampoco tenían vocación para cohibir las expansiones de su tiempo, ni para hacer que por la fuerza volvieran los cosas á cursos ya perdidos para siempre. Además, cuando el rey se decidió á abandonar la isla de Sicilia por Nápoles, hacía ya un año que la restauración se había hecho. Las pasiones habían tenido tiempo

para calmarse y las represiones no hubieran venido ahora en su tiempo. Agréguese, en fin, á esto, que desde Viena, en donde se temían las escenas de horror de las anteriores restauraciones, no se cesaba un momento de exhortar al rey á la prudencia y á la moderación. Todo esto, pues, contribuyó á la pacificación de las dos Sicilias y á que se declarase hasta por los mismos ingleses, que Nápoles no había tenido nunca un gobierno tan liberal y tolerante, acabando por calificarle el embajador inglés, del mejor gobierno de Europa.

Ahora, profundizando más en las cosas, para que



Douvres.—Cuadro de Turner

no parezcan genialidades mal sanas los movimientos de reivindicación de que ya se están preparando, conviene pasar á Sicilia y ver qué había hecho en esa isla el rey durante los últimos diez años de su existencia en ella, pues al fin y al cabo, durante ese lapso de tiempo, quisiéralo ó no Napoleon, había en Sicilia, lo mismo que en la Cerdeña, dos Estados libres é independientes.

Si Sicilia pudo en un tiempo sustraerse á las corrientes de progreso y de civilización como España, gracias á los gobiernos que tuvo y que fueron para uno y otro Estado lo mismo, al aparecer los ingleses en el Mediterráneo, Sicilia se puso en contacto íntimo con ellos, y de este contacto nació su que- rencia por la libertad.

Durante las dos primeras estancias de la corte napolitana en Palermo, cuando se creyó efímera la obra de la Revolución, cuando se tenía la ilusión de que bastaría el ejército siciliano para reconquistar el perdido reino, Fernando de Nápoles, no pensó

más que en vivir de expedientes. Pero cuando la tercera emigración, cuando se tuvo que pensar en la necesidad de vivir, el rey y el Parlamento siciliano tuvieron que pensar en reformas, que si no exigían, reclamaban con el ejemplo de su propio país los ingleses que tenían acordonada la isla contra Napoleon.

La gran reforma, la reforma económica, la propuso Balsamo, suprimiendo las donaciones tradicionales y estableciendo un impuesto único del cinco por ciento sobre las rentas limpias de toda clase de bienes. Este proyecto,—1810,—obtuvo la aprobación decidida de los que en otros países se llamaban los perjudicados, de las clases privilegiadas que sabían que iban á pagar más de lo que hasta aquí habían pagado. Pero esto era demasiado para el rey y sus ministros. Es decir, esto equivalía á una intervención, á una fiscalización clara y constante sobre los gastos, á un conocimiento cierto de los ingresos de la monarquía, y el monarca estimaba que de su